

Capítulo 9

FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



Pontificia Universidad Católica del Perú FONDO EDITORIAL 2000

HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

Consideraciones sobre los trabajos de historia de Félix Denegri Luna

JOSÉ A. DE LA PUENTE CANDAMO

Es justo y grato el homenaje a Félix Denegri Luna que se expresa en las páginas de este libro, convocatoria de recuerdos y nostalgias. Amigo de toda la vida, puedo ofrecer mi testimonio sobre algunos aspectos de la actitud de Félix frente a la historia: su vocación, su forma de trabajo, sus afectos, sus aportes.

Contemporáneos —con una mínima distancia de tres años—, convivimos en la Universidad Católica, en su primera y querida casa de la plazuela de la Recoleta. Él venía del Colegio de la Inmaculada, de los padres jesuitas; más tarde fue alumno cercano del sacerdote jesuita Rubén Vargas Ugarte, quien desde los años treinta era el profesor principal de Historia del Perú en la Universidad Católica.

Guillermo Lohmann Villena y Jorge Zevallos Quiñones, discípulos de Riva-Agüero y alumnos del padre Vargas Ugarte, eran profesores juveniles con fama de erudición. En esos años tenía actividad el Instituto de Investigaciones Históricas creado y animado por el mismo padre Vargas, y en el que Lohmann y Zevallos publicaron sus primeras investigaciones.

A Riva-Agüero lo veíamos en el patio de la Universidad Católica y en su departamento del hotel Bolívar —el 410— después del terremoto del 24 de mayo de 1940, pues el último curso formal que dictó, «Civilización tradicional peruana», se desarrolló a principios de la década de los treinta. Sin embargo, conservaba su magisterio en conferencias, en publicaciones diversas, en la tertulia informal, en el diálogo.

Otros profesores formaban parte del ambiente de estudios peruanos en la Universidad Católica de esos años. Víctor Andrés Belaunde, en sus cursos y conferencias, comunicaba sus informaciones y vivencias ligadas a la defensa de los derechos de la República, y adelantaba las interpretaciones que más tarde se plasmarían en su aporte a la visión del Perú (*Peruanidad*. Lima: Instituto Riva-

Agüero, 1957); Pedro Manuel Benvenuto Murrieta, profesor de «Elocución y composición castellana» —era la denominación del curso de lenguaje—, gran conocedor de la historia de Lima y de la bibliografía peruana; Luis Lituma Portocarrero, sacerdote muy modesto y al mismo tiempo brillante teólogo con excelente formación, maestro que dominaba la vida de la Iglesia en el Perú en el siglo XIX; Javier Pulgar Vidal, quien en la demostración de su teoría sobre las ocho regiones naturales acudía a los cronistas y subrayaba los nexos entre la historia y la geografía.

Eran los días en los cuales se leía con entusiasmo *La iniciación de la República* de Basadre, quien en 1939 publicó en un volumen la primera edición de su *Historia de la República del Perú*, acontecimiento de esos años; el padre Vargas Ugarte editaba sus *Fuentes históricas* (Lima, 1945), que perfeccionaría después como *Manual de Estudios Peruanistas* (Lima, 1952); Guillermo Lohmann Villena presentaba su primera versión de *El arte dramático en Lima durante el virreinato* (Lima, 1941); Pedro M. Benvenuto Murrieta editaba su *Lenguaje peruano* (Lima, 1936); provoca debates *El imperio socialista de los Incas*, de Louis Baudin; era de reciente publicación la *Civilización tradicional peruana*, de José de la Riva-Agüero; Raúl Porras presentaba sus primeros trabajos sobre Pizarro.

En esos años se hablaba menos del Perú mestizo, pero se defendía con vigor la visión integral de lo nuestro, y era frecuente el debate entre indigenismo e hispanismo; era intenso el magisterio de Belaunde y de Riva-Agüero —clases, conferencias, conversatorios, discursos, artículos, tertulias— sobre la «identidad nacional», que significó un aporte básico a la formación intelectual de los hombres de la generación a la cual perteneció Denegri.

En este medio ganó forma progresivamente la vocación de nuestro amigo por los estudios históricos y por los temas de literatura peruana que trabajó en los primeros años de su vida académica.

Una precisión es necesaria. En la diversa y múltiple actividad de Félix Denegri, convivieron el abogado en pleno ejercicio profesional y el historiador que no declinaba sino acrecentaba sus estudios. Es necesario confirmar esta idea. Félix Denegri vivió y defendió su vocación por la historia sin abandonar una importante tarea profesional.

Bien sabemos cómo la erudición —el conocimiento seguro de un dato con la precisión de sus fuentes— es minuciosa y segura en los trabajos de Denegri. Pero no se limita a la verificación del dato; confronta, compara, penetra en el texto mismo para acercarse a la verdad del testimonio.

Tal vez Félix Denegri gozaba en la preparación de las notas de pie de página. El origen de una fuente, el verdadero nombre de una persona o de un lugar geográfico, el derrotero de un viaje, la fecha de un nacimiento, la genuina naturaleza de un suceso, todo —con amplia y segura bibliografía— lo perfeccionaba con la referencia minuciosa.

Experto en la edición de documentos, desarrolló en esos casos aclaraciones y rectificaciones, y ofreció más información. El diario del cura Blanco (José María Blanco. *Diario del primer viaje del Presidente Orbegoso al sur del Perú*. Lima: Instituto Riva-Agüero, 1974, 2 vols.) o *Mi misión en Chile en 1879* de José Antonio de Lavalle (Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, 1979) son, entre muchos otros, algunos ejemplos. Pueden citarse otros casos: entre ellos, la *Memoria para la historia del Perú. 1808-1878* de José Rufino Echenique (Lima, 1952, 2 vols.), en la Biblioteca de la República, bajo la dirección de Jorge Basadre. Este esfuerzo, en el cual se consignan otros títulos, merece recordarse.

En la *Colección documental del Sesquicentenario de la Independencia del Perú*, de la cual fue uno de los más eficaces promotores, presentó, entre otros aportes, muy valiosas «memorias», recogidas en el tomo xxvi de ese conjunto documental, titulado *Memorias, diarios y crónicas* (Lima, 1971, 3 vols.). Son volúmenes muy ricos y variados. Como muestra, éstas son algunas de las memorias que recopiló Denegri: Ribadeneira, Pardo de Zela, Álvarez Thomas, José M. de Goyeneche, Manuel Pardo Rivadeneira y muchas más.

En la Comisión Nacional del Sesquicentenario, bajo la dirección del general Juan Mendoza Rodríguez —hombre inteligente, culto, promotor de la Colección Documental—, Félix Denegri Luna desarrolló una labor amplia y eficaz orientada a diversos aspectos de las conmemoraciones y a la preparación de los volúmenes a su cargo. Fue un hombre muy valioso por sus iniciativas y su dedicación. En esta línea, no puede omitirse una referencia a su participación en la «Comisión para escribir la Historia Marítima del Perú» —que fue el germen del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú— y al volumen a su cargo —referido al principio de la República—, original y valioso aporte.

El periódico como fuente histórica es materia que apasionó a Denegri. Adquirió para su valiosa biblioteca periódicos raros del tiempo de la Independencia y de la República, y ha dejado estudios importantes en torno a ellos. La edición de la *Gaceta* del tiempo bolivariano es una contribución muy significativa: *Gaceta de Gobierno del Perú. Período de Gobierno de Simón Bolívar. I. (Lima y Trujillo)* (prólogos por Cristóbal L. Mendoza y Félix Denegri Luna. Explicación preliminar por Pedro Grases. Caracas: Fundación Mendoza, 1967). Es valioso el texto que preparó para esa edición: «Apuntes para un estudio bibliográfico de la *Gaceta de Gobierno* 1823-1826». Desde otro plano, no puede omitirse la mención de sus investigaciones sobre periódicos cuzqueños.

Con especial atención consideró la presencia del conocimiento geográfico en las investigaciones históricas. En su último y excelente libro sobre nuestras relaciones con el Ecuador (*Perú y Ecuador: apuntes para la historia de una frontera*. Lima: Instituto Riva-Agüero, 1996), se advierte el cuidado minucioso en la ubicación de un pueblo, en el desarrollo de un río o de los accidentes de la cordi-

llera. En esta investigación, Denegri coordinó con naturalidad el dato minucioso con una imagen amplia de la historia de uno y otro pueblo.

La historia regional estuvo muy viva en las preocupaciones intelectuales de Félix Denegri Luna. Y estuvo presente a través de muy diversas formas: en ejemplares raros en su biblioteca; en múltiples empeños y estímulos; en la búsqueda de periódicos de uno u otro lugar; en su afecto muy especial por el Cusco, que visitó una y otra vez; y mostrando y reiterando su entusiasmo por la historia local.

Debo mirar otro plano valioso en la obra del amigo que ahora recordamos. Pienso en su interés por la historia de los países limítrofes y de los pueblos sudamericanos en general. Primero fue la progresiva adquisición de libros de uno y otro país, en viajes frecuentes por razones profesionales del abogado, que convirtió a su biblioteca en la mejor del medio sobre la materia. Además, y esto es sustantivo, en su visión de la Independencia y de los primeros años de la República, enriqueció la interpretación peruana de los hechos con hipótesis y datos de la historiografía de países cercanos.

Creo que será grato a la memoria de Félix Denegri Luna que mencione a tres amigos que compartieron su actitud abierta a los estudios históricos americanos. Pienso en Guillermo Feliú Cruz en Santiago de Chile, en Pedro Grases en Caracas y en Ricardo Zorraquín Becú en Buenos Aires. Feliú, palmista ilustre, estudioso de Medina, con un exterior severo y una auténtica cordialidad, hasta su muerte se esforzó por lograr un diálogo mayor entre historiadores de nuestros países. Grases, quien todas las mañanas acude a la Biblioteca Bello, en su ancianidad serena y creadora, recuerda las tertulias en la casa de Félix Denegri y tantos proyectos y realizaciones comunes. Zorraquín, amigo de muchos años, desde Buenos Aires y en su brillante misión diplomática en Lima, siempre apoyó la visión americana de nuestra historia.

La última preocupación de Félix Denegri Luna, que lo acompañó hasta su muerte en Quito cuando precisamente participaba en una reunión de historiadores ecuatorianos a la cual se le había invitado, es testimonio de la vivencia de una historia común. Entrevistas múltiples, tertulias, vinculación intensa con historiadores de Quito y de Guayaquil, por un camino y por otro, se esforzó por que historiadores ecuatorianos y peruanos trabajáramos para encontrar un camino de entendimiento que superara nuestro viejo conflicto a la luz de la historia. Su libro sobre nuestras relaciones con el Ecuador es un aporte muy valioso —sin adjetivos innecesarios y sin violencia verbal— al mejor conocimiento entre nuestros pueblos. Con un excelente aparato crítico, con exactitud y sobriedad en los análisis, es en su género un libro ejemplar.

Campo bello y amplio en la vida intelectual es el de los afectos del estudioso, del investigador. ¿Cuáles fueron los afectos de Félix Denegri Luna en sus trabajos de historia? Bajo el signo del amor al Perú y a su historia, que presidió su

tarea, pueden considerarse aspectos concretos. Es clara desde el principio de sus estudios su dedicación especial y permanente orientada al tiempo inicial de la República: los caudillos, la anarquía, la Confederación Perú-Boliviana, Nieto, Castilla, Mendiburu, Manuel Pardo, son algunos de los temas que comprometieron su afecto.

Pero hay algo más que decir. Félix Denegri Luna fue un amante del libro, de los libros. Su excelente biblioteca es testimonio de una vocación y de un cariño cuyo primero personaje es el Perú. Y al lado de este tema está viva su generosidad con quien necesitaba consultar sus libros; al recibir a gente muy diversa —estudiantes, personas mayores, amigos, estudiosos extranjeros— desarrolló un verdadero magisterio peruano.

Y al pensar en sus aportes se advierte la importancia de su contribución a nuestra historiografía. La publicación anotada de textos desconocidos o raros; la contribución por medio de libros capitales, como el de nuestras relaciones con el Ecuador, o el volumen a su cargo en la Historia Marítima; los estudios biográficos de hombres del siglo XIX; los minuciosos trabajos bibliográficos; los estudios y ediciones de periódicos nuestros; todo lo anterior y mucho más, unido al aporte permanente de su biblioteca, y a su labor de magisterio personal, nos ofrecen un derrotero para conocer lo que le debemos en el campo de los estudios peruanos.